

## POEMAS

FERMÍN LIBERAL\*

*A mi padre, último peldaño  
ante la realidad de mi existencia*

SI LA SAL de mis lágrimas valiese  
para traerte de donde quiera que estés,  
por estar contigo sólo un instante  
podría llorarte la vida entera...

Cuando era un niño, soñé muchas veces  
que al despertar estarías junto a mí,  
que podría acariciarte el rostro  
y que también tú, me acariciarías;  
que te vería andando por la calle  
y escucharía mi nombre en tu boca;  
pero el desierto ocupó el árido espacio  
que se extendía entre los dos.

\* Este poeta cacereño se presenta en las páginas de *Alcántara* con una selección de poemas escritos en distintas épocas en las que nos muestra la profundidad de su mundo interior, plagado de experiencias vividas. Los poemas que aquí presentamos nos acercan a sus sentimientos, añoranzas, y a una infancia marcada por una ausencia, la de su padre, al que dedica especialmente el escogido para abrir la puerta de esta breve pero luminosa antología.

Alcántara, 65 (2006): pp. 129-146

La sequedad de tu ausencia,  
la falta del tono de tu voz y tus palabras  
dentro de las estancias de la casa;  
ninguna camisa tuya tendida  
para secarse al sol junto a mi ropa,  
y esa sombra que jamás vi a mi lado,  
hicieron de mi niñez, una infancia  
semidesnuda donde tu presencia  
era tan palpable como tu falta.

Y crecí con la memoria vacía,  
con las manos vacías de tus manos,  
con los ojos, vacíos de tus ojos,  
con mi vida, vacía de tu vida,  
buscando en cada fotografía tu rostro  
y en los labios de mi madre tus besos  
siempre buscando; siempre buscándote.

Para sentirte por sólo un instante;  
por poder tocar tu cuerpo y olerte;  
por poder verte, siquiera un momento...  
podría llorarte la vida entera,  
si la sal de mis lágrimas valiese.

## BAJO LA PIEL

Las palabras, igual que las esquilas  
de los metales deshuesados,  
se hincan candentes en la carne  
de los hombres que quieren escucharlas.

Pero tal como se clavan, son retiradas  
por manos expertas que, sumergiendo sus dedos  
en el torrente viscoso de la sangre escarlata,  
taponan la herida con la presión del silencio.

Ahora que estos venablos me hieren, ahora  
que me abrasa el calor de la combustión de los verbos,  
ahora que me golpea la vehemencia de la sílaba  
rompiendo en mi boca, como lo hacen las olas  
en las espumas tibias... que nadie se acerque a mí.

Que no me toquen, que no pongan sobre mis labios  
gasas húmedas que ahoguen mi voz  
y que me dejen morir tranquilo, desangrando  
en la torrentera por donde bogan mis versos,  
la fiebre de mi sangre y la serenidad de mi alma.

## VIAJE A LA NADA

Déjate llevar, me dijiste;  
y me tumbé boca arriba  
con los brazos en cruz  
y las piernas extendidas.

En voz baja repetías:  
déjate llevar; y cerré los ojos  
para que me arrastrase  
al sur, el viento que me contenía.

Me llevaste; donde tú quisiste.

Recostado sobre el agua salada  
de las lágrimas nocturnas,  
fui bogando sobre las estrellas  
de un sueño irrealizable.

Se enfrió mi cuerpo; y mi alma  
se quedó desnuda ante la realidad.  
El mar lo había engullido todo:  
mi rostro, mi barco, mi vida.

Me llevé, donde siempre quise;  
al único lugar donde no podía estar.

Recuerdo que mi infancia se deshacía a medida que septiembre asomaba en el calendario; las tardes perennes terminaban por claudicar y se enfriaban igual que el agua en las piscinas y las risas de los niños sobre las cubiertas de los libros recién comprados. Siempre deseé que el verano fuese eterno; que la desnudez en mis piernas se prolongase en el tiempo, como mi sombra sobre las paredes blancas de las casas de mi barrio...

*Para Javier*

ASOMARSE al pretil  
de los años pasados;  
mirar atrás sabiendo  
que aún quedan  
muchos pasos por andar;  
horadar los días futuros  
con los pies descalzos,  
y recorrer sin prisas  
las playas pendientes.

Abandonar pensamientos  
bajo las hojas inertes  
de los otoños húmedos;  
poner a secar las lágrimas  
en las salinas de los ojos;  
sentir el flujo de la sangre  
recorrer las palabras  
de cada página, y respirar  
como nunca antes  
pudiste hacerlo;  
como cuando eras niño,  
¿recuerdas?, y el verano  
se dilataba en tu infancia  
como las venas de las manos.

## DEL OTRO LADO

Te escribo desde La Habana,  
para decirte que el mar de aquí  
no es tan salado como en casa;  
que su carácter se aleja mucho  
de las arremetidas con que nos zarandean  
las olas cotidianas de la vida.

Aquí, en La Habana,  
todo es azul y amarillo,  
todo es añil, morado y fresco;

aquí, todo es blanco o verde en los ojos,  
naranja y ocre derramado desde el alba  
hasta la piel madura de las playas...

Todo es distinto ahora que estoy lejos;  
ahora que estoy más cerca de mí mismo  
y me dejo llevar sin rumbo por calles  
rebosantes de gente y de luz,  
por vidas que nada tienen que ver conmigo  
y son arrastradas hacia ninguna parte  
por el viento dulzón y suave  
que aquí, en La Habana,  
es menos denso y menos frío  
que el que cada día sentimos en casa.

## EL ALMA ENVEJECIENDO

Van encaneciéndose los cabellos  
del alma mía; y de golpe me tumba  
el brutal acero, que rebana de un tajo  
la evanescente alegría.

Cada día me siento más viejo.  
No decadente, ni senil; sólo más cansado.

Me miro al espejo y no reconozco  
el rostro que asoma desde el otro lado  
de la ventana abierta, y entonces me asombro.  
Mis recuerdos se limitan a mi cara  
y a mi cuerpo de ahora, y aunque sé  
que un día otro hombre vivió en mí,  
no lo siento como vida propia.

Van encaneciéndose los cabellos  
del alma mía; ¿cómo me recordaré  
mañana?, cuando el que escribe esto  
haya muerto y no queden de él  
más que estas oscuras palabras,  
cuando estos huesos no sean  
otra cosa que células muertas,  
fossilizadas bajo una nueva vida  
aún no gestada; cuando mis pensamientos  
se hayan diluido en la memoria  
y no me reconozca en ellos;  
cuando mi hijo crezca y no haya marcha atrás  
para tantas cosas que hoy parece  
no llegarán nunca...

Cada día me siento más viejo.  
No decadente, ni senil; tan sólo más cansado.

## FOTOGRAFÍA

Ahí está,  
derramándose como el agua de lluvia  
sobre la tierra fértil de la infancia,  
una sonrisa transparente y fresca.  
Su olor a frutas dulces se mezcla  
con el que el viento trae  
hasta los cristales de la memoria,  
y allí, bajo la húmeda niebla del recuerdo,  
se confunden los aromas y el tiempo.

En el interior de ese rostro,  
bajo los sedimentos de la piel sucedida,  
continúa impoluto el brillo de los juegos  
y el restallar de la risa;  
las caricias vertidas sobre el cabello,  
permanecen eternas,  
y en las manos perennes de la fotografía,  
aún se sienten los besos de los labios maternos.

Ahí está,  
un cuerpo menudo que recogía entonces,  
como en un cuévano,  
una mujer que ya no juega a muñecas,  
ni a ser la esposa de nadie,  
una madre que hoy abraza otro cuerpo  
tan suave como el de aquella niña que fue;  
una amiga, una amante, una compañera inseparable



que quedó prendida por alfileres  
sobre el blanco y negro del papel cuché,  
en un pasado que no pertenece a nadie  
sino a la edad desaparecida,  
a las coletas que se elevan en el vacío  
como una aureola interminable y que sostienen,  
en el borde de la límpida sonrisa,  
la magia de la vida y el rutilante brillo de la niñez.

## INSOMNIO

A medida que la noche  
va dejando caer sobre tus ojos  
su velo de gasa negra,  
el sueño se detiene en ti,  
y un cálido sopor  
arropa tu carne desde adentro.

En ese momento, los párpados  
se pliegan en una oración diaria,  
y te sumerges en la bruma  
que lo cubre todo alrededor.  
Lentamente, se difumina  
la cotidiana presencia  
de los monstruos en el agua  
tibia de los cadenciosos suspiros,  
y por unos momentos,  
tu cuerpo se doblega  
ante las sigilosas caricias  
que te regala el viento  
que sopla desde el oeste.

Durante tu sueño, viajas a  
    donde sólo tú sabes ir, y  
    sin ninguna compañía  
atraviesas las fronteras  
de los reinos imaginarios  
donde el mar se aloja  
encerrado en un vaso  
de cristal de roca.

Ahora, eres libre; extiendes  
las alas para sobrevolar  
la realidad que no te agrada,  
y desde el aire observas  
cómo las breñas gritan tu nombre y  
te llaman con sus cantos  
de sirenas degolladas,  
intentando atraer tu emplumado  
cuerpo hasta sus afiladas aristas.

Y te dejas seducir;  
sin motivo aparente  
vas perdiendo altura  
y dejando atrás las nubes  
que recogían el dulce sueño  
en el que te cobijabas;  
y tus párpados van separándose  
lentamente, como las compuertas  
de la presa que hasta ese momento  
retenía la confortable humedad  
de los oníricos pensamientos,  
para dejar escapar por sus aliviaderos  
la realidad de tus fantasías.

Enciendes la luz del dormitorio;  
compruebas que a tu alrededor  
el silencio se ha adueñado  
de todas las voces, de todos los cantos,  
y te levantas de la cama, extenuada  
por la tensión del vuelo fugaz,

para comenzar otra vez tu peregrinaje  
sonámbulo a lo largo del pasillo;  
para trasladarte adonde, desde hace horas,  
te espera un sorbo de agua.

La noche aún no se ha desnudado del todo,  
todavía le quedan cuatro velos por caer  
antes de que el sol asome su rostro  
a la delgada línea del horizonte,  
pero tú sí; tú estás completamente desnuda,  
sin sueño que te cubra la piel.

Un somnífero se deshace en tu boca  
como un terrón de azúcar; para cuando  
su glucosa quiera recorrer tus venas  
e insertarse en los recovecos del cerebro,  
la claridad vespertina estará golpeando  
ya en el llamador del alba,  
y puede que entonces, bajo los efluvios  
de la química, el sueño se haga  
pesado otra vez, pero será ya tarde:  
las delgadas agujas del reloj  
habrán recorrido las horas vacías  
acompañándote en tu insomnio,  
y el sueño desusado se colgará  
de tu morfología durante el resto  
del tiempo que permanezcas despierta.  
Se habrá hecho tarde... muy tarde,  
y tus pies se arrastrarán por la Tierra  
como tantos otros días.

PORQUE me resisto a que seas quien eres,  
intento moldear tu espíritu y liberarlo de ti,  
que lo aprisionas en una jaula verde  
y le cortas las alas para que no pueda volar.  
Temes que se vaya lejos de tu cuerpo  
y no te das cuenta de que sin él, no puede vivir.

Porque me resisto a que pierdas el aureolado  
y efímero tiempo de tu existencia en vano,  
derrochándolo innecesariamente entre lágrimas  
baldías y estériles que no te darán nada a cambio...  
retiro mis caricias de tu rostro dejando mis manos  
vacías de tus besos y mis pupilas anegadas.

Te da miedo saltar, porque crees que la caída  
duele tanto... y no reparas en que puedes volar  
por un instante  
y que eso es más de lo que pueden hacer  
los peces bajo las aguas del océano  
(me resisto a que seas quien eres e intento  
moldear tu espíritu para que te inunde de vida)

Arrincona y cubre con una tapa de plomo la  
caja donde se guardan los malos vientos  
que te hacen temerle todo; hinca en la cubierta  
veinte mil clavos y escóndela  
donde nunca la encuentre nadie; donde ni siquiera  
la vean tus azulados ojos; y más tarde,  
después de que hayas olvidado que un día existió,  
cuando crezcas, iré contigo a rescatarla  
de su ostracismo y la abriremos juntos.

Retiraremos, una a una, todas esas espinas  
que clavaste en la oscura madera  
donde guardamos los miedos de tu infancia;  
las depositaremos sobre un zarco  
y aterciopelado manto, en una bandeja de plata,  
y liberaremos la cobertera del ataúd donde  
recluimos durante años tus malos sueños,  
sumergidos en el fondo de aquella caja.

Entonces, cuando lo hayamos hecho,  
cuando puedas mirar a la cara a tus fantasmas  
y los veas pálidos y melifluos y débiles,  
limpiaremos su interior y lo adecentaremos  
porque será el momento de guardar los míos  
y de que tú, hombre ya, luches conmigo  
y te resistas a que yo sea como seré entonces.

Porque me resisto a que seas quien eres,  
y porque te amo... quizá hoy te haga llorar.

Porque te resistirás a perderme en los miedos  
de mi vejez y de mi muerte... yo, lloraré contigo.

## MIRADA ÍNTIMA

No quiero morir ahora.  
No; no quiero.  
Ahora no quiero morir.  
Tal vez mañana...  
cuando el sol sea incapaz  
de aliviar el frío de mis huesos;  
cuando la lluvia no humedezca  
el interior de mis ojos cerrados,  
cuando el aire sea tan denso  
que no pueda pasar entre mis dedos...  
quizá, entonces quiera.  
Pero no hoy.  
Porque hoy me reconozco,  
hoy encuentro en mi rostro  
la imagen que siempre tuvo mi alma,  
hoy navego libremente,  
sobre las crestas de las altivas olas...  
y por eso... no quiero morir ahora.  
No; no quiero morir.  
Quizás, nunca quiera.

## PROFECÍA

*Para Hilario Jiménez, poeta*

Y como estaba escrito  
llegó el ángel;  
y con él la lluvia  
que tanto anhelaba la tierra  
donde se sostenía mi cuerpo.  
Se deslizó en mis oídos  
al igual que el agua lo hizo  
sobre mi frente y susurró:  
estoy aquí; no temas nada.  
Y se estremecieron entonces  
las columnas que apuntalaban el cielo.  
No temas nada...,  
y su fraternal abrazo,  
fundió la escarcha  
que lacraba mis labios  
y enmudecía mis manos;  
el aire alrededor  
se hizo espeso  
hasta doler en la garganta y  
    lo aspiré profundamente,  
con la voracidad  
del que se sabe náufrago  
en sus días sombríos.



Le ofrecí las manos desnudas  
y mi voz,  
y me dejé llevar al génesis que  
existía tras los párpados; el  
silencio  
se despojó de su hábito entre mis dedos  
tal vez ya para siempre,  
y fue entonces que cesó la lluvia;  
y fue entonces que desapareció el miedo;  
y fue entonces que llegaste,  
porque así estaba escrito,  
para darme aliento y guiar mis pasos.

## BRAZOS VACÍOS

Todo resulta tan lejano  
cuando se ha perdido todo...

El otoño se ha anclado a mis ojos  
lo mismo que la hoja seca a la tierra estéril,  
y llueve sal sobre los montes blancos  
de mi rostro,  
sobre los agrietados labios  
que retienen mi dolor.

Pero todavía te espero,  
aunque es la tuya una ausencia  
vetusta como el mundo,  
una huida a la que se ha solapado  
el rancio olor de mis ojos cerrados,  
de mi boca cerrada,  
de mi vida... cerrada para siempre.

Todavía te espero,  
aún teniendo conciencia del regreso imposible;  
aún sabiendo que cada caricia del día  
aleja más tu presencia entre mis brazos;  
porque no volverás, lo sé,  
al igual que lo sabe el agua que recorre la acera  
y las lágrimas que socavan mi rostro.

Todo resulta tan lejano...  
cuando se ha perdido todo.